

Anónimo

Pseudónimo. Richie Sambora

San Esteban de Gormaz

Abril de 1553

Regresaba don Crispulo Hergueta, noble de la villa, hacia su casa, con la estampa de hombre de bien, que sabe que su apellido goza de abolengo y su altura de nobleza. No en vano, la cicatriz que le decoraba la mejilla, y que lucía desde su mocedad, se la había ganado defendiendo al Reino de Castilla. Dicha brega, pundonor y coraje, le granjearon, no sólo el montante necesario para regresar a San Esteban y levantar casona y adquirir tierras que arrendar; además le convirtieron en un hombre de pro, respetado por clero y burguesía.

Así, una vez alcanzada la senectud, gustaba el noble de pasear entre las tierras que rodeaban la villa, observando ese mágico ciclo vital que, año a año, bendecía a los labradores que dejaban el alma en sus cuidados, con cosechas de vid repleta o campo tupido. A decir verdad, que nunca la dijo el bueno de don Crispulo, se sentía más cercano a esos labradores, que doblaban el espinazo de sol a sol, que a los

nobles de barrigas prominentes y religiosos de idéntica silueta. Su apellido empero, de estirpe humilde, afamado gracias a él y sus hazañas, se continuaba con tres hijos y media docena de nietos, que verían ensuciado su nombre si el abuelo, ese antiguo caballero con más pasado que futuro, renegaba de todo aquello que le mantenía varios palmos por encima del vulgo.

Aquel atardecer, con un sol de justicia bendiciendo sus pasos, cruzaba don Crispulo el puente sobre el Duero, sin atender al trajín de campesinos y cortesanas, descendidas del castillo en busca de miradas rijosas. Sin embargo, cuando estaba cercano a concluir los breves metros del puente, una figura, aovillado al margen, como si fuera un mendigo, llamó la intención del noble Hergueta.

Podía haber parecido un pedigüeño más, uno de los muchos que recorrían la región con la palma de la mano extendida y una sonrisa desdentada, cuando no con un estilete escondido entre el fajín. Pero la capa que vestía, desastrada y con tanta mugre que debía doblar su peso, no era propia de un hombre, que ya a un par de pasos, expelía un desagradable aroma a orines e inmundicias. O era un noble tan ebrio que había perdido el oremus, o se trataba de un facineroso que había dado muerte a su legítimo propietario. Y fuera cual fuera el motivo por el que aquel hombre vestía esa capa, su orgullo le obligaba a conocer la verdad sobre tal vestimenta. Se acercó hasta alcanzar sus pies, y tanteo con la punta de la bota la cadera del hombre, que tan sólo se movió para recogerse aún más sobre su vientre, negándole la mirada.

—¿Dónde has conseguido esa capa, has de decirme? —le preguntó don Crispulo, tratando de recuperar los centímetros que la vejez le había arrebatado, estirando Ja espalda— Sólo un villano robaría la capa a un caballero, y para hacerlo habría de hacerlo con sangre, pues sólo hay dos cosas con mayor arraigo para un hombre de armas que su capa...—dejó en el aire.

—Mi acero lo vendí en Nájera, a cambio de un pellejo de vino y una noche sin el cielo por techumbre —contestó el hombre con apenas un hilo de voz, que don Crispulo tuvo que rescatar doblando la espalda hacía él—. De mi fe y mi entrega a la corona ya no queda ni fuerza, ni maldito deseo de que regrese. Así que hay tiene mis dos grandes valores. Y si anhela el tercero, esta capa, se la cedo por un trago de agua y un bastón que logre guiarme los pocos pasos que me restan por caminar. Aquellas palabras, a todas luces peligrosas, pues en oídos de hombres del rey, o del clero, podrían considerarse como una terrible blasfemia, hicieron que don Crispulo mirase en derredor, por si alguno de quienes les acompañaban en la escena pudiera haber escuchado tal barbaridad. Que un caballero renegase de corona e iglesia, era como que un obispo hiciera lo propio con Dios y su hijo Jesucristo.

—Falaces palabras, incluso para el más valiente de los caballeros —apostilló el anciano en poco más que un susurro.

El hombre de la capa alzó levemente el rostro y sonrió con tibieza a don Crispulo, que rescato en las facciones marcadas y la mirada pétrea, las maneras de un hombre de armas. Sus dientes, amarillos y mellados, dictaban que si alguna vez dios quiso que tuviera cierta gloria, ese tiempo debía quedar ya muy lejano.

—Ni Dios, ni el Rey, pueden hacer nada por mí —arguyó entre dientes, con notable rabia—. Puede usted quedarse mi capa, si así le place, pero antes que sus doncellas la lleven al río, y que dejen sobre la piedra la última mancha que este caballero caído en desgracia le ha de dejar impresa.

Dicho lo cual la retiró, dejando ver una dolorosa herida en el vientre, de la que manaba, en espaciados borbotones, una sangre, oscura como un mal presagio. A juzgar por la lentitud con la que borboteaba la sangre y el tono ocre que había tomado el blusón, del que resultaba imposible conocer el tono original, la herida abierta por arma blanca —así lo atestiguaba un tajo recto, abierto en la tela—, el aliento,

además de la capa, era lo poco de valor que le quedaba al caballero, y perdería ambos en breve.

Don Crispulo se acuclilló a su costado, sacó un pañuelo de la faltriquera, y lo colocó sobre la herida. Al sentir el contacto, el hombre recogió con el brazo un paquete de cuero, cerrado con una cuerda húmeda, que colocó entre el brazo y el costado.

—No pienso hurtar lo que no es mío.

El hombre relajó el costado y el paquete cayó a plomo sobre el piso del puente. — Poco importa ya, pues no veré cumplida la venganza de quien cambió acero por tinta.

—Quién te ha dado muerte? Porque ambos sabemos dónde lleva una herida así.

—Vive Dios que no lo sé —respondió, tratando de encogerse de hombros—. Salieron de la nada y a ella volvieron, cuando comprendieron que vestir capa no conlleva portar monedas. Regresaba a San Esteban como promesa a mi madre, que me hizo jurar que antes de perder el latido volvería a Iglesia de San Miguel, a dejar un mechón de su melena, pues era parida en esta tierra. Ni siquiera esa promesa podré llevar a buen hacer, por dejar al destino mi suerte —se lamentó.

Sin pensarlo un segundo, don Crispulo pasó el brazo de aquel hombre por encima de su hombro, recogió el paquete de cuero y le obligó a levantarse, haciendo que éste se quejara como una charnela sin aceite.

—Por el apellido que me dio lustre que llegaremos a lo alto de la iglesia —afirmó con voz queda el anciano.

—Aaargh —se quejó, dolorido, mientras su cuerpo que quedaba laxo y se desprendía del costado de don Crispulo, como una hoja que abandona el árbol al saberse víctima del otoño.

Para cuando su cuerpo regresó al suelo, las pupilas se le habían agrisado, la boca abierto, y la sangre, la que manaba de la herida abierta, había dejado de asomar para que lo hiciera el alma.

Contrariado y triste, como un perro mojado, don Crispulo Hergueta tanteó el fajín hasta dar con un mechón rubio y rizado. Recogió el paquete de cuero, y al alzarse levantó la mano, reclamando la atención de Simón Arranz, el cantero, que en ese instante pasaba sobre el puente en una carreta, azuzando al mulo con una vara.

—Simón, recoge a este malaventurado y lleva el cuerpo a que le den honrosa sepultura —ordenó al fornido picapedrero, que detuvo el carro tensando las riendas—. Las exequias corren por mi cuenta.

—Así se hará, señor —afirmó mientras descendía de la carreta, acompañando la afirmación con un ademán de cabeza.

Don Crispulo ni siquiera se quedó para contemplar cómo ascendía el cuerpo del caballero a la cama de la carreta, donde viajaría entre piedras y útiles de talla. Giró sobre sus pies y caminó de regreso a su hogar, con la intuición de que aquella insólita aventura, aún habría de dar algún giro.

EPÍLOGO

Tras un breve paso por la Iglesia de San Miguel, donde incendió el mechón de cabello arrebatado al recién finado, con una de las muchas velas allí prendidas, don Crispulo retornó a casa y desanudó el cordel que cerraba el paquete de cuero. Del interior emergió un manuscrito, caligrafiado con precisión y mimo, negro sobre amarillo, pues los legajos ya tenían sus años.

Dispuso de una cena frugal, a base de pan con azúcar y unos frutos secos, que trasladó a la estancia cuyo ventanal daba al castillo. Allí, con la compañía de un quinqué, los frutos secos y una jarra de vino, se sentó y comenzó a pasear su inquieta curiosidad por las páginas manuscritas.

Allí permaneció toda la noche, pasando la mirada de línea en línea, cuando las carcajadas no le impedían continuar con la lectura. Tal escándalo levantaba su jocunda lectura, que incluso Aniceta, su mujer, se llegó hasta la sala, para después regresar tras observarle sumido en la lectura, no sin pensar que a su marido la edad comenzaba a nublarle el juicio.

El sol asomó cuando don Crispulo había finalizado los escritos y tamborileaba con los dedos sobre el manuscrito, que había vuelto a encerrar entre cuero, y atado con el mismo cordel con el que el caballero lo llevaba. En la severidad de su gesto, que tanto contrastaba con la sonrisa con la que había transcurrido la lectura, se reflejaba la duda sobre qué hacer con aquella obra. Al rato, antes de que el servicio reclamara su presencia en el desayuno, don Crispulo se echó a la calle con el manuscrito en una mano y una bolsa llena de monedas, dando peso a la faltriquera que pendía de su cadera.

Se llegó hasta el lagar de Victorio. Sabía que los miércoles era cuando Ginés, el más mozo de sus hijos, hacia carga de vino, que trasladaba hasta tierras del centro de Castilla. No sabía adónde transportaría aquel viaje las barricas, rebosantes de la sangre cárdena de la vid, pero para sus intenciones bien poco le importaba.

Al llegar encontró al muchacho cargando la primera de las barricas.

—Buen día lleves, mi joven Ginés —saludó el anciano.

—Y usted lo comparta, señor Hergueta —respondió el joven, uno de los pocos en la villa, que siendo de estofa humilde, sabía tanto de cuentas y letras, como si fuera de alta cuna—. ¿Qué se le ofrece?

—Un favor, uno que te ruego me concedas...

—Si está en mi mano, puede vuestra merced contar con ello —se ofreció.

El anciano le extendió el manuscrito envuelto, y Ginés lo tomó con delicadeza. Puso un dedo sobre el nudo y miró a don Crispulo, que asintió con la cabeza, permitiéndole descubrir el contenido.

Mientras lo hacía el anciano le habló con un tono de voz leve y ceremonioso, casi fraternal.

—¿Te llevará tu viaje lejos?

—Hasta Burgos, no menos —respondió el joven, mientras liberaba del cuero a los legajos.

—Y sabes de alguna imprenta que pueda hacerse cargo de este libro? Me gustaría que se publicara. Un buen número de ejemplares que se extendieran por las calles y que se hicieran famosos de boca en boca.

—Aquí cerca, en El Burgo, tenemos a don Sisolo —respondió el muchacho—. Él puede hacerse cargo. Tiene unas ediciones encomiables, que un feudatario como yo no puede permitirse.

El anciano sacó la bolsa y se la lanzó al joven, que dejó de prestar atención a la portada de la obra, para cedérsela a las monedas que contenía el saquillo.

—Es mucho dinero —dijo Ginés, tanteando el peso de la bolsa.

—Hazte con unas obras, no importa. Pero consigue que se publique cerca de Burgos, lejos de aquí —le instó el noble.

—Conozco una imprenta en Medina de Pomar, pequeña, humilde, pero si lo que busca, por un motivo que ni se me presenta, ni me importa, creo que será el lugar adecuado —razonó el hijo de Victorio.

—Que así sea —afirmó don Crispulo—. En tus manos está toda la vida de un hombre de bien, que tuvo la mala dicha de acabar como no merecía, sin duda.

El anciano se despidió de él en silencio y emprendió el regreso a casa, mientras Ginés, de nuevo, contemplaba la primera de las páginas manuscritas.

—Esta obra no tiene autoría —dijo el joven, haciendo ralentizar el paso del anciano.

—No importa, es mejor que así sea —respondió don Crispulo—. Además desconozco el apellido de quien la puso en mis manos.

El anciano siguió caminando y Ginés protegió el manuscrito, para después esconderlo bajo el asiento de la carreta, junto a la bolsa de monedas, no sin antes fruncir el ceño al leer el título de aquella enigmática obra.

*La vida de Lazarillo de Tormes
y de sus fortunas y adversidades*